

AKADEMOS es una revista semestral. De amplio espacio editorial, para la publicación de trabajos inéditos de investigación, artículos de análisis, reseñas y opinión, en los distintos tópicos de las ciencias, la tecnología, las artes y la cultura.

El lenguaje de los mitos: una revisión idealista de la función simbólica como método de aproximación a la realidad

Luigi M. Camilot

Estudiante en Escuela de Psicología, Facultad de Ciencias y Artes

lcamilot@hotmail.com

Resumen

Resulta muy difícil hoy en día encontrar genuino interés por el análisis y estudio, tanto a nivel funcional como estructural, de los mitos y su contenido. Por una parte, creemos que ya se ha dicho todo acerca de esta materia. Con el tiempo, el mito ha quedado reducido, en el mejor de los escenarios, a una mera categoría literaria carente de cualquier sentido trascendente. Por otra parte, hemos perdido la capacidad de comprender el antiguo lenguaje simbólico que fue antaño nuestra lengua madre. La síntesis intelectual que demanda la producción de mitos

representa un salto evolutivo gigantesco para la conciencia del hombre, y él debe demandar plena autoría y propiedad de dicha producción, ya que él es el único ser capaz de crear tan rico y complejo producto como lo es el mito. Para comprender el verdadero significado codificado en el interior de siglos y siglos de escritos mitológicos es necesario comprender primero aquel lenguaje en el cual fueron elaborados estos, un lenguaje que va mucho más allá de cualquier código lingüístico, aquel lenguaje que representa nuestra primera forma de existencia: El Lenguaje de los Símbolos.

Palabras clave: *Símbolo, Idealismo, Mitologema, Arquetipo.*

Abstract

It is very difficult nowadays to find genuine interest in the analysis and study, both on a functional and structural level, of the myths and their content. On one hand we believe that everything has already been said about this topic. Over time, the myth has been reduced, at the best of scenarios, to a mere literary category devoid of any transcendent meaning. On the other hand we have lost the ability to understand the old symbolic language that was once our mother tongue. The intellectual synthesis that demands the production of myths represents a gigantic evolutionary leap for the consciousness of mankind, and it must to claim full authorship and property of that production, since human is the only being able to create such a rich and complex product as the myth. To understand the true meaning encoded within centuries of mythological writings it is first necessary to understand the language in which it was designed, a language that goes far beyond any language code, that language that represents our first form of existence: The Language of Symbols.

Key words: *Symbol, Idealism, Mythologem, Archetype.*

I. Origen y naturaleza del Mito

Históricamente el estudio de los mitos no se ha visto exento de caer bajo la nefasta influencia de algunas ideas preconcebidas, de

prejuicios e interpretaciones erróneas que, con frecuencia, conducen a una connotación peyorativa de estos. Así, el mito ha sufrido una nefasta degeneración en el devenir histórico; se ha transformado en el mejor de los casos en un anacronismo agónico, que busca desesperadamente no desaparecer de nuestro tiempo; un residuo nostálgico del folklore y las tradiciones; en un desvaluado vestigio de la sociedad que una vez fuimos, y cuya revisión obedece simplemente a propósitos “pedagógicos” como un ingenuo intento de preservación cultural. En pocas palabras, para la visión “moderna”, el mito no posee ningún valor. Es concebido como fruto de una inteligencia torpe y primitiva, carente de las “bondades” de la educación occidental y, en suma, no representa más que una construcción arcaica, resultado de una actitud fantasiosa y pueril de abordar el mundo y la realidad.

Con todo, el mito ha sido pocas veces estudiado en su justa dimensión. Considero que esto se debe principalmente a la falta de integración de saberes que un fenómeno como el mito requiere. En la actualidad encontramos una considerable colección de textos y volúmenes que abordan el desarrollo del mito desde las ópticas más diversas. Cada uno de estos intentos de explicación posee mérito en sí mismo, en tanto sus autores se encontraron lo suficientemente audaces como para conceder al mito un valor superior al de un simple estilo narrativo carente de significado trascendente.

Es probable, a mi juicio, que uno de los autores que ha estudiado con mayor justicia al

mito en toda su dimensión, sea el filósofo e historiador rumano Mircea Eliade. Eliade encuentra en el mito algo más que un simple relato empolvado, y le confiere un rol mucho más trascendental dentro de la historia. Fundamentalmente, podría decirse que uno de los principales aportes de la tesis de Eliade reside en el carácter arquetípico del mito (Eliade, 1980). Esta interesantísima propuesta nos obliga a hacer una revisión de ciertos aspectos fundamentales, tanto a nivel epistemológico como ontológico, acerca de la certeza que posea esta innovadora idea.

Como primer punto estimo conveniente el establecer algunas nociones básicas acerca de la producción de los mitos; esto a partir del reconocimiento de un principio bastante evidente, pero fundamental, en torno a la naturaleza y origen del mito. Quizá esté de más el señalar que el mito es una producción que se circunscribe exclusivamente a la esfera humana. Pero más allá de la obviedad que presenta esta característica debemos entender que la construcción del mito es, fundamentalmente, una actividad compleja y altamente especializada. Fuera del alcance de cualquier otra forma de existencia más elemental o poco desarrollada. La creación mítica constituye así un hito en la evolución de la conciencia y el intelecto del género humano.

Ahora bien, teniendo en mente lo dicho anteriormente, la siguiente pregunta que podríamos formularnos radica en que, si concedemos al mito ser fruto directo de un salto gigantesco en la evolución de la con-

ciencia del hombre, así como de su desarrollo intelectual, entonces ¿Qué función tiene este en su vida? Y también ¿Por qué el mito se configura de forma tan particular a través de símbolos, en lugar de utilizar signos que refieran a sus verdaderos objetos? Para intentar responder a estas interrogantes hemos de establecer ciertos parámetros que podríamos denominar como epistemológicos en cuanto a la producción del mito.

Líneas atrás se ha dicho que el mito constituye una producción exclusiva del género humano. Dicho esto de forma sumamente clara y sencilla, es el hombre el único ser que crea para sí mitos. Los animales no crean narraciones épicas sobre hazañas de héroes dentro del reino animal; tampoco se encuentran entre ellos referencias de dramas zoológicos acerca de naturaleza de sus vidas, ni mucho menos se preguntan acerca de las cuestiones fundamentales de la filosofía. Es únicamente a través de una forma mucho más desarrollada y elevada de conciencia que el mito puede surgir. De ahí que el mito nace como una creación a partir del *sujeto*. Y específicamente del sujeto que ha logrado cierto grado de conciencia. Es a partir de la exitosa diferenciación que una pequeña isla llamada conciencia obtiene sobre el misterioso continente de lo inconsciente, y a través de la adquisición del Ego, que el hombre comienza su personal odisea por conquistar la realidad.

De esta forma el mito adquiere un cierto carácter que, a mi juicio, bien podríamos catalogar como *idealista*. Ya que es una producción exclusivamente humana; y, puntualmente, es

a través del sentido proyectivo característico de la conciencia, revestida de la subjetividad del Ego, que la producción mítica tiene lugar. El mundo material no aporta al mito más que algunos elementos complementarios (pero necesarios) que utilizará a manera de símbolos o alegorías para representarse a sí mismo de forma inteligible. No deseo que se me malinterprete en cuanto a este punto. El mito se nutre de una relación dialéctica entre el sujeto y el objeto, y de hecho necesita de esta relación para poder configurar su contenido o *trama arquetípica*.

Así, es necesario reconocer que el mito no podría haber encontrado cabida como una actividad unilateral de pura subjetividad, ya que necesita del contacto con el “afuera” para lograr su propósito. Aunque esto tampoco significa que sea el *objeto* el que da lugar a la producción mítica, ni tampoco que este constituya su meta última. Esta postura, dicho sea de paso, es opuesta a la de la escuela naturalista alemana¹, para la cual el mito fundamentalmente sirve para explicar fenómenos propios de la naturaleza tales como el fuego, la lluvia, etc.

Esta noción del mito como vehículo movilizador de la conciencia ya ha sido discutida de manera convincente por el filósofo y estudioso del mito Ernst Cassirer. La propuesta de Cassirer (2003) resulta crítica hacia la visión más limitada que el sociólogo francés Emile Durkheim hiciera en su momento acerca del mito, reduciéndolo a un mero epifenómeno producto de la sociedad (Durkheim, 2000). Durkheim proponía que el mito es esencialmente una proyección de

la vida y de la interacción de aquella sociedad dentro de la cual surge y que el mito refleja la dinámica social, su estructura y división. Ahora, ¿cómo solventamos este aparente dilema? Y es que bajo cualquier punto de vista resultaría absurdo el negar que el mito ha influido de forma substancial en la gran mayoría de instituciones sociales (si no a todas), tales como la familia, el matrimonio, la política o la organización social.

¿Cómo se explicaría entonces que un fenómeno idealista se objetivara de manera tan clara en forma de prácticas sociales? En mi opinión esto no debería de derivar en un falso dilema de proporciones ontológicas de qué o quién fue primero; sino que la razón por la cual el mito hundió sus raíces de manera tan profunda entre las costumbres del hombre, tanto primitivo como moderno, se relaciona con el aún precario desarrollo de la conciencia que el hombre ha adquirido en el devenir de su historia.

El psiquiatra y psicoanalista suizo C. G. Jung² describe esta condición como la franca incapacidad del hombre de poder hacer distinción definitiva entre los límites que demar-

1 Esta escuela encuentra sus principales ideas en los postulados del mitólogo alemán Max Müller, quien interpretó los mitos (en parte) como narraciones cuyo significado giraba en torno a la representación de fenómenos naturales y sus elementos.

2 Carl Gustav Jung (1875-1961). Discípulo más prominente de Sigmund Freud, de quien terminaría en muchas de sus ideas en torno a los postulados del psicoanálisis. Fundador de la psicología analítica y reconocido autor, es principalmente conocido por sus aportaciones al estudio de los mitos, la filosofía oriental, la simbología y su valor psicológico, entre otros temas.

can al sujeto del objeto (Jung, 1961, p. 50). La concepción mítica es innata al hombre y, presumiblemente, anterior a toda forma de sistema social organizado y complejo. Así la extrapolación del contenido del mito hacia el plano concreto u objetivo, fue la razón de la cual derivaron muchas de las prácticas folclóricas o rituales de tiempos pasados. Sería así que fue la no separación del símbolo de la realidad, junto a su elevación al valor de dogma, lo que dio paso a la práctica de la magia y al ritualismo de la religión.

Aquí nuevamente las ideas de Mircea Eliade son útiles para explicar este punto. Tomemos por ejemplo uno de los temas que Eliade desarrolla: la hierogamia o representación arquetípica del matrimonio celestial (Eliade, 1981). La noción de la unión de opuestos complementarios se encuentra presente de forma implícita o explícita en prácticamente todas las concepciones mitológicas del planeta. La trama nos presenta el simbolismo de una ceremonia de naturaleza sagrada en la cual tiene lugar la unión de ambos principios creadores (Ying-Yang, Luz-Oscuridad, Cielo-Tierra, hombre-mujer, etc.). Esta idea o modelo arquetípico sería posteriormente trasladada de forma íntegra a la costumbre social, sin reconocer el lenguaje simbólico que existe dentro del mito para expresar una idea o problema elemental. De ahí mi propuesta de que las prácticas religiosas y la relación del mito con la magia podrían representar una reproducción *ad pedem litterae* de una idea simbólica en el plano material.

De lo anterior pido no se haga una lectura errónea de que reduzco deliberadamente

los fenómenos de la magia y la religión a prácticas sin valor propio, ni mucho menos a simples epifenómenos del mito. Dejaremos tal análisis para otra oportunidad ya que este nos desviaría demasiado de nuestra disertación actual.

En lo anterior encontramos, más bien, un punto medular para nuestra disertación, señalando un elemento clave para la comprensión del mito en todo su potencial. Claude Lévi-Strauss, reconocido antropólogo y precursor del enfoque estructuralista, expone un elemento antropológico de suma importancia: el mito pertenece a la misma categoría que el lenguaje (Lévi-Strauss, 1955). Y es en este orden de pensamiento que el Dr. David Ernesto López expone en una lectura que hace del mito a través de diversos autores, cómo este emerge de la misma raíz que el lenguaje, y cómo de hecho ambos podrían ser catalogados como elementos de una misma naturaleza primigenia como productos coetáneos (López, 2012, p. 102). Dicho de otra forma, existe suficiente evidencia para estos autores que hace pensar que la producción del mito se encuentra íntimamente vinculada al origen de la lengua y el lenguaje. Ergo, podría entenderse a la perfección este punto, ya que resulta casi imposible imaginar la elaboración del mito, teniendo en cuenta el sentido simbólico y abstracto que posee, sin un lenguaje rico y altamente desarrollado que logre plasmar la complejidad de dichas ideas.

Sin embargo, es de mi personal apreciación que el lenguaje y el mito se presentan como productos coetáneos por una razón

más. El lenguaje y el mito surgirían de forma simultánea porque ambos poseen un mismo propósito y una misma estructura simbólica. Ambos tienen como finalidad el transmitir un mensaje; confieren figura y forma concreta a una idea abstracta. Ambos tienen en efecto una raíz común, y contribuyen a la configuración de la realidad para el hombre. La aprehensión de la realidad implica un proceso dialéctico que involucra la actividad psicológica en toda su dimensión. Mientras que el lenguaje y la lengua son producto del convenio entre los pares que se refleja en un código común, y este contribuye a expresar a través de símbolos lingüísticos una realidad concreta; así el mito contribuye a expresar en su propio lenguaje simbólico una realidad compleja y abstracta, propia de la región más primitiva y «arquetípica» del hombre: el Inconsciente.

II. Configuración del Mito a través del Inconsciente

El inconsciente constituye filogenéticamente la región más antigua de la psique humana. Es probable que esta dimensión sea aún más antigua que el propio cerebro reptil y el dominio de los instintos. El inconsciente se erige así como la matriz de la existencia y el funcionamiento psíquico del hombre. Es el pilar sobre el cual se sostiene la progresiva aparición de la conciencia que deviene en la capacidad de conferir al hombre la noción de «Ser». Como he mencionado en otro lugar, consciente e inconsciente mantienen una relación dialéctica y de mutua interdependencia que constituye la totalidad del fenómeno que llamamos Alma ($\psi\upsilon\chi\eta$, *psyche*)³.

Junto a Eliade, Jung debió ser sin temor a duda uno de los más grandes teóricos del mito del siglo XX. Y con seguridad sus ideas influenciaron el pensamiento de Eliade y viceversa, al ser ambos miembros contemporáneos del Círculo Eranos⁴. Sus conocimientos en filosofía, antropología, religión comparada, historia y, por supuesto, psicología, permitieron a Jung abordar el tema desde una visión ensanchada. De igual forma dedicó una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo al estudio del inconsciente, particularmente a su esfera más antigua y profunda: el Inconsciente Colectivo. El inconsciente colectivo continúa siendo hoy un fascinante misterio, un terreno difícil de explorar y del cual podemos aprender principalmente a través de sus manifestaciones más frecuentes, representadas en el simbolismo del proceso onírico, la fantasía diurna y, *last but not least*, en el análisis de las narraciones míticas.

Es en este sentido que el mito constituye la primera gran actividad propiamente intelectual, a la vez que filosófica, y por tanto también epistemológica, del género humano para abordar los problemas fundamentales, los mismos que posteriormente retomará el pensamiento filosófico. Así como el ser humano ha atravesado por un proceso de evolución (aunque no en el sentido darwiniano)

3 Ver: Camilot, L. M. (2016).

4 El Círculo Eranos (Eranoskreis), fue una organización intelectual fundada en 1933 por Olga Fröbe. Reunió a una enorme cantidad de académicos de la época, entre ellos C. G. Jung, Mircea Eliade, Joseph Campbell, etc. Su principal tarea fue la de analizar los vínculos existentes entre el pensamiento oriental y el occidental.

en tanto especie adaptada a un entorno, también la conciencia del hombre se encuentra fundamentalmente orientada a alcanzar niveles cada vez más altos de desarrollo. Y es por ello que el mito posee su propio lenguaje. Posee su propio idioma para plasmar la realidad que busca interpretar.

Si concedemos validez a la propuesta de Eliade acerca de la naturaleza arquetípica del mito, es decir, el mito como una reproducción alegórica de una idea que sirve como modelo de una realidad, podemos entonces comprender por qué el mito se vale de un lenguaje simbólico. Esto se relaciona directamente con que el mito no busca dar explicación a aquellos aspectos relativos al mundo material ($\phi\upsilon\sigma\iota\varsigma$, *physis*), sino que más bien contiene un motivo o búsqueda fundamentalmente existenciales y filosóficos.

Ahora bien, podría objetárseme en este momento acerca de la enorme cantidad de mitos que existen de forma universal, por ejemplo, sobre el origen del mar, de la lluvia o del fuego, como el conocido mito de Prometeo, quien roba el fuego del Olimpo. Nuevamente hago un llamado a no perder de vista nunca la función simbólica del mito. El mito de Prometeo podría ingenuamente entenderse de forma literal, y se podría pensar que este aborda exclusivamente el tema del origen del elemento ígneo. Sin embargo interpretar el significado del mito según esta única concepción monista resultaría sumamente reduccionista, y nos privaría de entender el carácter trascendente que el mito intenta plasmar de forma simbólica.

El mito de Prometeo bien podría representar la irrupción del hombre en el «reino de los dioses» (inconsciente) para obtener la iluminación divina (conocimiento/conciencia). Este es un análisis sumamente escueto de este mito, con el cual busco únicamente dar a entender cómo la función simbólica trabaja en el mito.

Retomo aquí un punto que dejé sin esclarecer algunas líneas atrás, en donde proponía que dentro de la producción del mito el objeto externo, es decir el “afuera”, no condiciona la naturaleza de la producción mítica, sino que más bien esta la complementa a través de símbolos. Así el mito retoma algunas formas características, tales como elementos zoológicos o botánicos, e inclusive fenómenos naturales concretos, para incorporarlos como símbolos dentro de la narración mítica. Quisiera exponer esto con algunos ejemplos muy puntuales pero ilustrativos.

Podemos encontrar universalmente, a través de diversas tradiciones mitológicas, la trama arquetípica del «diluvio». Difícilmente habrá alguien hoy en día que no esté al menos medianamente familiarizado con el relato bíblico del Génesis, en el que Noé construye, por mandato divino y según indicaciones específicas, un arca, para sobrevivir, junto con su familia y una pareja de cada especie del reino animal⁵, al diluvio con el cual Jehová arrasará al género humano en castigo por su soberbia y maldad. Pasados 150 días de

5 Génesis 6: 1-22.

incesante lluvia, el arca atraca en el monte Ararat, y Jehová establece con Noé un pacto según el cual el hombre llenará nuevamente la faz de la tierra⁶.

Sin embargo, también dentro de la cultura griega, solo por mencionar un ejemplo en concreto, encontramos una versión del mito acerca del diluvio, con sorprendentes paralelismos con el relato hebreo. En la versión griega, Zeus envía a la tierra un diluvio para castigar la arrogancia del hombre. Deucalión, hijo del Titán Prometeo, construye un arca en la que se refugia junto a su esposa Pirra. Tras nueve días de intensa lluvia, el arca finalmente encalla en el monte Parnaso, donde Deucalión ofrece sacrificio a Zeus a cambio de restituir al género humano⁷.

En estas narraciones el tema principal o trama arquetípica del diluvio no debe ser entendido de forma expresa. Debe entenderse que, siguiendo las reglas semióticas que expresa el uso del símbolo, representan siempre algo más. El símbolo «diluvio» puede tener, y de hecho tiene, diferentes significados a través de la historia. Bien puede ejemplificar situaciones positivas como un nuevo comienzo o la redención del hombre, o puede representar la calamidad, las tribulaciones y situaciones potencialmente amenazadoras y problemáticas que “ahogan” al individuo. Una prueba de ello se encuentra aún hoy en día, por ejemplo, en algunas técnicas proyectivas de evaluación psicológica como el Test de la persona bajo la lluvia⁸.

Así, el mito expresa siempre una problemática universal, común a todo el género huma-

no, que guarda un tema fundamental para su existencia y se vale de símbolos que ayudan a expresar la complejidad de tales ideas, de la misma forma en que una metáfora ayuda a comprender una realidad más profunda por medio del lenguaje corriente. De ahí que el mito hace uso de diversos arquetipos para recrear la escena mítica, a la vez que es en sí mismo un arquetipo. Estos “tema-tipo” universalmente encontrados dentro de los mitos fueron ya en su momento desarrollados por el propio Jung en colaboración con el erudito en filosofía clásica húngaro Károly Kerényi, llegando así de manera conjunta a la propuesta de un constructo denominado como *Mitologema* (Jung y Kerényi, 1948).

El mitologema constituye un modelo arquetípico dentro del propio mito, un complejo psicológico que emplea material histórica y psicológicamente construido que es constantemente revisado y reproducido a lo largo de la historia. Un ejemplo concreto de ello sería justamente el mitologema que hemos revisado anteriormente acerca del diluvio universal con el cual es castigado el género humano por su iniquidad, y que genera a la postre el propósito de enmienda de sus malos pasos (¿un primer intento

6 Génesis 7: 1-24, 8: 1-22, 9: 1-29.

7 Ovidio, *Las Metamorfosis*. Libro I. Deucalión y Pirra, pp. 313-437.

8 La consigna en esta prueba consiste en pedir al evaluado “dibujar una persona bajo la lluvia”; la hipótesis de los diversos autores que han revisado dicha prueba es que la lluvia posee un valor simbólico universal, y que es percibida por lo general como una situación cargada de una atmósfera de tensión y calamidad, por lo tanto vinculada a emociones negativas.

de conciencia moral?); o bien, otro ejemplo concreto se encuentra en el arquetipo del héroe solar que es sometido a “exposición” al nacer para posteriormente alcanzar de forma apoteósica la gloria, como es el caso de Paris, de los hermanos Rómulo y Remo o del propio Moisés.

Quisiera hacer una última observación con respecto al valor simbólico de los contenidos del mito y la influencia que el mundo concreto ejerce sobre este. Es probable que en el razonamiento del lector se esté gestando la siguiente controversia: Si el mito hace uso de los elementos y objetos concretos de la naturaleza para ejemplificar su mensaje, entonces no puede considerarse que posea una naturaleza puramente idealista. El mito se vale de los elementos que encuentra en el afuera y sin ellos no podría cumplir con su función.

A esta idea debo de responder de forma negativa. Como he mencionado anteriormente, el mito se vale de los elementos que encuentra en el “afuera” para expresar ciertas ideas de forma simbólica. Sin embargo, esto no es equivalente a decir que es el afuera el que condiciona la producción mítica. No al menos en lo que respecta a su sentido primordial. Este dilema se resuelve a través de uno de los constructos propios de la teoría junguiana, denominados los *dominantes* del arquetipo. Antes de exponer este punto encuentro conveniente que explique brevemente las características del arquetipo.

Propiamente hablando, un arquetipo representa un modelo original que sirve como

prototipo *ideal* y perfecto para ser utilizado como pauta de reproducción. Es probable que el primero en utilizar dicho término haya sido Platón (al menos en sentido formal), al denotar las características que poseen las abstracciones propias del mundo inteligible, es decir las *ideas*. Para Jung el arquetipo representa una imagen primordial, un prototipo de comportamiento que se aloja en el Inconsciente Colectivo. Jung retoma la idea del arquetipo de Platón, que lo expone en su teoría de las formas, las cuales sirven como modelo perfecto o arquetípico para todas las cosas que se encuentran dentro del mundo sensible. Por lo tanto entendemos que, en su núcleo, el arquetipo es fundamentalmente una *idea*. El arquetipo representa una noción abstracta y compleja, inmaterial, carente de forma y substancia. El arquetipo en sí mismo, no posee una representación concreta. Es, podría atreverme a utilizar el término, una realidad espiritual.

Entonces, ¿cuándo es que el arquetipo adquiere su forma concreta? ¿Cuándo es que este adquiere una representación antropomorfa, zoomorfa, o de cualquier otra índole? Para esto debemos hacer uso del mundo concreto y material. Los dominantes son en esencia y, de forma sucinta, aquellas formas características que han revestido a un arquetipo a lo largo de la historia. Los dominantes representan aquellas particularidades simbólicas que han conferido a un arquetipo una cierta forma concreta e inteligible. Quizás esto quede más claro con un ejemplo. Tenemos una idea base o un patrón de comportamiento prototípico, una

idea fundamental o un problema universal del ser humano, por ejemplo, el principio de Creación.

El acto de creación representa un arquetipo. El crear, el concebir algo o alguien, comprende todos los puntos anteriores a la vez, representa un patrón de comportamiento elemental que se encuentra en casi todas las especies, incluido el ser humano, representa también una idea o noción del acto de reproducir o crear en tanto concepto. También posee cierto componente de misterio en torno al milagro de la creación, tanto en su representación macrocósmica como microcósmica. En pocas palabras el acto de *crear* representa un problema fundamental en el plano psíquico del ser humano.

Este arquetipo ha adquirido con el tiempo ciertas caracterizaciones específicas. Por ejemplo, cuando hablamos del acto de creación no tardaran en saltar a nuestras mentes imágenes de nuestra madre o de alguna otra mujer que represente el rol materno; la imagen de algún dios o diosa o de ambos, según sea la cosmovisión cultural y religiosa de quien interpreta esta idea, o básicamente cualquier otra figura que se encuentre vinculada a la noción de creación. Más aun, atribuimos a esas nociones o ideas arquetípicas ciertas características, como la creación fundamentalmente amorosa, la creación como divina o la creación perfecta, etc. Esos rasgos han construido con el tiempo imágenes arquetípicas universales que hoy todos somos capaces de reconocer, pero que continúan siendo símbolos de una idea. Esas ca-

racterizaciones, esos rasgos particulares son los denominados dominantes del arquetipo.

Quisiera dar paso a las palabras del propio Carl Jung en cuanto al origen de los dominantes y la configuración que aportan al arquetipo:

Lo inconsciente colectivo es el sedimento de la experiencia universal de todos los tiempos, y, por lo tanto, una imagen del mundo que se ha formado desde hace muchos eones. En esta imagen se han inscrito a través del tiempo determinadas líneas, llamadas dominantes. Estas dominantes son las potestades, los dioses, es decir, imágenes de leyes y principios dominadores, de regularidades promediadas en el curso de las representaciones que el cerebro recibió a través de procesos seculares. Por cuanto las imágenes depositadas en el cerebro son copias relativamente fieles de los acaecimientos psíquicos, corresponden sus dominantes (es decir, sus rasgos generales, acusados por acumulación de experiencia idéntica), a ciertos rasgos físicos generales. (Jung, 2003, p. 143)

Así, espero quede esclarecido el debate acerca de la naturaleza idealista que propongo acerca del mito. Por lo cual la última parte de este ensayo la dedicaré a la primera interrogante que formulé, al inicio, acerca de la función que cumple el mito en la vida del hombre, desde tiempos primitivos hasta la actualidad. La propuesta que surgirá de mi persona representa un intento por reafirmar la significatividad de la producción mítica.

III. Función del Mito: una revisión histórica

1. El Mito en los orígenes de la humanidad

Empezaremos por intentar esclarecer las condiciones bajo las cuales el mito pudo haber surgido originariamente, empresa que no resulta en absoluto sencilla, ya que representa un problema de suma dificultad el poder determinar con certeza en qué periodo aparece el, o los, primeros mitos entre la humanidad. Preliminarmente podríamos decir que hemos encontramos mitos tan lejos como podemos rastrear al hombre mismo. Este dato representa ya en sí un elemento interesante. Y es que ¿por qué razón el hombre necesitaría ya de antaño de la presencia del mito? Podemos presumir que la respuesta a esta pregunta debe residir en la función que el mito cumpla en la vida del hombre.

Ahora, para desarrollar este punto con mayor claridad, invito al lector a sumergirse en un viaje, e imaginar por un momento que somos capaces de retroceder en el tiempo hacia el pasado, y recorrer varios milenios hacia atrás. Tratemos ahora de vislumbrar por un momento cual sería el panorama que tendríamos frente a nosotros si fuésemos un hombre o mujer que habitase la tierra durante la Prehistoria.⁹ Nos encontramos ante un continente literalmente desconocido, con una conciencia sumamente frágil e inmadura. Somos inmigrantes en un país ajeno, sin lengua, sin ley, sin ser capaces de comprender a cabalidad todo lo que sucede a nuestro alrededor y, temerosos no solo de nuestro proceder sino también de nuestro

devenir. Nuestra conciencia apenas logra asimilar la inmensidad del universo que tenemos delante. Hemos llegado a un mundo que no conocemos y que buscamos interpretar.

Sin embargo, no estamos desamparados frente a este nuevo universo. No nos encontramos a la deriva ni huérfanos. Contamos aún con un recurso para intentar dar forma a nuestro mundo. Este recurso es arcaico, primigenio, en el sentido que lo fue nuestra primera forma de existencia. Y en nuestra desesperación por encontrar un rastro de orden entre tanto caos recurriremos a él en búsqueda de auxilio. Este mecanismo primitivo al cual se abocó el hombre fue precisamente la función simbólica, el lenguaje del inconsciente, la lengua de nuestra Gran Madre.

El inconsciente representa un cúmulo de conocimientos cuya naturaleza o procedencia exacta es difícil (cuando no imposible) de establecer. Sin embargo, conocemos con cierto grado de certeza, principalmente a través de la práctica psicoanalítica, que este posee un carácter sapiencial, e inclusive sirve como guía del individuo al poseer un carácter teleológico. De esta forma el ser humano comenzó progresivamente a representar simbólicamente su mundo, a conferir un carácter representativo a sus principales angustias, cuestionamientos y complejos: su naturaleza, su esencia, el propósito de su la-

9 Aquí utilizo deliberadamente el termino Prehistoria para referirme a aquel período de tiempo indefinido en el cual aparece el hombre primitivo, así como las primeras evidencias de su actividad.

bor en el universo, la vida y la muerte, la trascendencia y la naturaleza del Alma.

El mito representa así un intento profundo por encontrar la respuesta a nuestras preguntas más fundamentales, representa la postura más genuina y despojada de pretenciosidad y soberbia del ser humano para intentar explicar en un lenguaje que pueda abarcar la magnitud y complejidad de estas preguntas, es decir, a través de metáforas, alegorías, parábolas; recursos cuya estructura sea lo suficientemente rica y permeable como para lograr acomodar en ellos un contenido metafísico.

Una última vez quisiera ceder la palabra al profesor Jung en cuanto a un pensamiento sintético acerca del mito:

El mito es el grado de transición inevitable e imprescindible entre el inconsciente y el conocimiento consciente. Se afirma que el inconsciente sabe más que la conciencia, pero es un saber de tipo esencial, un saber en la eternidad, casi siempre sin relación al Aquí y Ahora, al margen de nuestro lenguaje racional. (Jung, 2015, p. 365)

Retomemos ahora nuestro breve pero significativo viaje. Con el paso de las eras, la conciencia humana fue paulatinamente perfeccionándose y madurando. Poco a poco encontró su lugar dentro de la naturaleza, a la vez que fue adoptando cada vez más los principios del reino en el que había sido introducida. El hombre comenzó a darse cuenta de que el mundo que habitaba po-

see ciertas leyes; y funciona bajo cierta noción de orden y equilibrio. Así, se vio en la necesidad de encontrar los hilos detrás del telón del mundo natural en el que habitaba, de buscar explicaciones concretas a los objetos que forman parte de su dominio, y de encontrar solución a los problemas propios de esta nueva realidad.

2. El Mito eclipsado por el pensamiento racional

La conciencia terminaría por desarrollarse bajo el principio de la razón. La razón se convirtió en un elemento vital en el quehacer del hombre, ya que le permitió aproximarse a la diversidad de fenómenos naturales que encontraba a su paso, y adiestró su pensamiento para encontrar soluciones a los problemas de supervivencia y organización social y a los dilemas morales, éticos y estéticos. La razón permitió al hombre conferir orden al mundo que encontró frente a sí.

Con el tiempo, la razón, en tanto principio epistemológico, fue adquiriendo un rol mucho más protagónico dentro del pensamiento. La razón se transformó así en el elemento privilegiado del hombre para abordar la realidad, en detrimento del antiguo saber que por siglos le había asistido en esta tarea. La función simbólica fue relegada a segundo plano debido a la mala interpretación que se hiciera acerca de esta, y consecuentemente el mito fue concebido como producto de un estadio primitivo del pensamiento, como una etapa superada y carente de valor en sí misma a la luz de la razón. El hombre olvidó con sorprendente rapidez (como quizá

sea su naturaleza) cuál había sido la función que antaño cumpliera el mito, se alejó rápidamente de los símbolos que el inconsciente proveía para explicar la diversidad de dilemas y problemas propios de su naturaleza, y relegó este lenguaje a una mera categoría literaria. Al parecer el ejercicio de la razón no llega sin cierta soberbia y tiranía de su parte.

Podríamos hipotetizar que es durante el periodo Clásico de la Grecia antigua que la razón asienta sus bases sobre el pensamiento humano como eje mediador de la realidad, como punto de partida epistemológico para construir el conocimiento. El hombre se decantó por una postura monista acerca de cuál es el único medio capaz de crear un conocimiento verdadero, y así sustituyó el lenguaje simbólico del mito por la aparente claridad acerca del mundo natural que la razón otorgaba. A partir de aquí, el hombre sucumbió a un abordaje puramente intelectual acerca del mito, y el primado de la razón le impidió volver a entrar en contacto con su antiguo saber. De este modo, abandonó sus raíces simbólicas, mientras caía cada vez más en un abordaje concreto y objetivado de lo real.

3. Pervivencia del Mito

Sin embargo el inconsciente, y el mito en concreto, presentan una obstinada resistencia a desaparecer. Ya hemos dicho que el inconsciente representa una entidad autónoma e incontrolable para el hombre; por lo cual su lenguaje nunca ha desaparecido del todo de nuestro mundo. El hombre ha intentado borrar de su conciencia el lenguaje simbólico del mito, pero el mito nunca

ha dejado de poblar su mente. Los mitos siguen hoy en día tan vivos como antaño; continúan llenando nuestras vidas y avistándose en las formas más inesperadas y sublimes en la sociedad moderna.

Los símbolos arquetípicos continúan haciéndose presentes de continuo en nuestras vidas, a través de nuestros ensueños, a través del arte y la escultura, a través de nuestros héroes inmortales modernos, aquellos mártires que hemos deificado con el tiempo. Dilemas morales, existenciales, éticos que siguen reproduciéndose *ad infinitum* en nuestra historia.

El hombre nunca ha podido, ni podrá, cesar la necesidad de la producción mítica. Día a día encontramos nuevas creaciones alegóricas que, galantemente, bajo la pseudo etiqueta de «conocimiento científico», buscan otorgar validez a sus propias creaciones míticas. Prueba de ello es la enorme cantidad de hipótesis y propuestas científicas que han sido gestionadas como un conocimiento certero y empírico, aun cuando sus planteamientos son imposibles de verificar en la práctica; tal es el caso de la teoría de la evolución de Charles Darwin, o algunos modelos de física cuántica como la teoría de Cuerdas y los Multiversos.

Lo que el hombre no ha logrado dimensionar en su totalidad, es que muchas de estas teorías tiene su origen en ideas o imágenes arquetípicas, o, más concretamente, en dilemas arquetípicos fundamentales. Arquetípicos en todo el sentido de la palabra, ya que muchas veces estas imágenes han demostrado ser en

efecto modelo de una verdad comprobable en el mundo natural. El hombre que hace ciencia frecuentemente se ve influenciado sin saberlo por la guía de aquel saber antiguo que por muchas eras fue faro para la supervivencia y evolución del género humano.

Conclusión

El mito, tal y como lo hemos estudiado en este breve análisis, representa la primera gran forma de pensamiento del género humano. Surge junto al hombre, nace a la par de él, y constituye su primera gran forma de expresión simbólica. Posee un raíz común con el lenguaje y la lengua, pero difiere de estos en que su estructura no se encuentra supeditada al acuerdo de un código común entre los pares, sino más bien, posee un carácter arquetípico universal; representa una misma situación, común a todos los hombres en tanto género, y sus variaciones se deben únicamente al modo en que esta idea arquetípica sea representada objetivamente.

El mito lleva a cabo una tarea siempre presente en la vida del ser humano, pues tiene como meta principal plasmar y transmitir a través de símbolos aquellas preguntas universales propias del género humano,

aquellas cuestiones fundamentales que se refieren al hombre, a su naturaleza, a su existencia, su esencia y su origen, en tanto es portador de una conciencia evolucionada que deviene en la noción de «Ser».

Así, el mito se constituye en la primera gran escuela de pensamiento filosófico del hombre. Tanto el lenguaje oral y escrito que conocemos como lengua y el mito se valen de símbolos que utilizan para representar una idea o concepto sencillo o complejo. El mito no carece de valor en cuanto a su significado o importancia, ya que el contenido que este busca transmitir iguala o supera cualquier contenido que el lenguaje oral o escrito pretenda escudriñar.

El mito es una externalización de saber antiguo, fundamental, primigenio, que involucra toda nuestra historia, que resguarda los secretos más antiguos de nuestra verdadera esencia. El mito se manifiesta cuando la razón no encuentra la plasticidad suficiente para albergar un contenido transcendental; así, mientras que la razón busca el progreso, el mito busca lo fundamental, aquello que nos remite a nuestra naturaleza original. Y es para esta empresa que el mito se vale de su propio lenguaje, el lenguaje de los símbolos.

Referencias bibliográficas

- 1 CAMILOT, L. M. El análisis del Alma. *Akados*, 26. Ene-Jun 2016. pp. 71-96. Antiguo Cuscatlán, El Salvador: Universidad Doctor José Matías Delgado. Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades (CICH).
- 2 CASSIRER, E. (2003). *Filosofía de las formas simbólicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 3 DURKHEIM, E. (2000). *Las formas elementales de la vida religiosa*. México: Ediciones Colofón.
- 4 ELIADE, M. (1980). *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*. Madrid: Alianza Editorial.
- 5 ELIADE, M. (1981). *Tratado de historia de las religiones*. Madrid, España: Ediciones Cristiandad.
- 6 JUNG, C. G. (1961). *Collected Works*. Vol. 4. New Jersey: Princeton University Press.
- 7 JUNG, C. G. (2003). *Lo inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- 8 JUNG, C. G. (2015). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Barcelona, España: Seix Barral.
- 9 JUNG, C. G., KERÉNYI, K. (1948). *Prolegomeni allo studio scientifico della mitologia*. Torino: Einaudi.
- 10 LÉVI-STRAUSS, C. (1955). *The Structural Study of Myth*. New York: American Folklore Society.
- 11 LÓPEZ, D. E. (2012). *De la Filosofía a la Educación, Fundamentos de una Filosofía de la Universidad*. Antiguo Cuscatlán: Universidad Doctor José Matías Delgado, Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades (CICH).